

TRANSPOSICION

Laura Benítez / Facultad de Filosofía y Letras

Aún no habían pasado tres minutos cuando ella volvió a suspirar profundamente dormida; y él, él no lo podía explicar, pero hacía algún tiempo que sentía un temor cada vez más real. Noche a noche el temor parecía irse haciendo sólido. Fue creciendo desde un punto indefinido, hasta que se condensó y se plantó allí como algo metálico delante o dentro de él —no lo sabía con certeza— en el centro de la habitación o de su ser.

Ella se movió imperceptiblemente y él trató de no escuchar, de no sentir ni recordar, pero de pronto volvió a tener la misma idea, la misma insensata idea de todas las noches. ¿Cómo había comenzado? Ni siquiera lo sabía, lo importante era que lo asaltaba y ya no lo dejaba dormir tranquilo. Era como un gusano que se estiraba y ensanchaba a lo largo y lo ancho de su cerebro. Había sopesado, medido y calculado todas las posibilidades, alimentado sin cesar en aquellas idas y venidas aquel bicho extraño que se había apoderado de su mente; si es que puede considerarse que una idea tenga un *status* entomológico éste era definitivamente el caso, bueno al menos era lo que él pensaba. Porque, de qué otra manera puede calificarse, si no de un absurdo malsano, el verse perseguido por la idea de penetrar en los sueños de otros. ¡Ridículo!, y sin embargo la idea seguía allí. Seguir a alguien en sus sueños, trasponerse a sí mismo a un mundo ajeno e intocable de suyo, con el riesgo de quedar como un vacío, como una laguna en la memoria del otro. Correr el riesgo de formar parte de algo tan insustante y sutil como la materia prima de los sueños, disiparse al amanecer, como se disipan cotidianamente en todos nosotros, la mayor parte de nuestras creaciones fantásticas. Era a la vez la más terrorífica invitación y el deseo más ferviente. En tales condiciones había que luchar, sí, pero los objetivos de su lucha se perdían de vista, se confundían y entremezclaban de tal suerte que no sabía con claridad si alejar al intruso de su mente o seguir alimentando al abultado restante, resultado de una larga labor de cuatro meses de insomnio.

Es verdad que todo esto podría parecer totalmente irracional, pero él sabía que no podía dar marcha atrás, aún más, percibía cómo el decurso del tiempo se precisaba en la modificación lenta pero firme de su propio ser. En efecto, él estaba cambiando aun cuando cada mañana pretendiera ignorarlo y todo fuera igual aparentemente. ¿Pero por cuánto tiempo más esta vieja apariencia podría encubrirlo?

Esa noche fue reveladora, tuvo una prueba, algo definitivo. En efecto, al cerrar los ojos logró traspasar la barrera, se vio en los sueños de ella y supo claramente que no eran sus sueños. Era una calle, una calle estrecha, algo sombría pero tranquila, con la cual ni siquiera su más profundo inconsciente había tenido el más mínimo contacto. Tras el asombro y una prematura dicha pueril, vino la sensación de fuerza y poder, pero a su más íntima satisfacción, se sumó de repente, la aparición de una fuerza sorda y extraña, que por encima de su propio deseo le impelía a seguir adelante, aún más, le arrastraba contra toda su voluntad. El pánico lo invadió, pero logró al fin abrir los ojos sin que el miedo, el miedo de siempre dejara de mostrarle su perfil metálico. . . ¿Era una forma de destruirse o de destruirlo? ¿Tal vez una venganza inconsciente? No, no podía o no quería pensar en autodestrucción, por lo que empezó a creer que la explicación estaba en ella, que dormía y seguramente soñaba.

Por la mañana malhumorado no quiso desayunar y menos aún permitió que ella le contara el sueño de la noche anterior. En realidad tuvo miedo de que lo mencionara. Con

brusquedad se despidió y se dirigió al centro de la ciudad, ratificando en cada espejo o superficie capaz de devolverle su propia imagen, que él estaba ahí, que era una presencia real, auténtica. . . . Trasponerse, transmutarse y seguir siendo, el solo pensamiento lo atormentaba.

Los días eran todos iguales, subía y bajaba, entregaba papeles, firmaba otros, recibía quejas, daba y recibía órdenes y contraórdenes. Estos días no eran en forma alguna excepcionales, salvo que, cada vez estaba más fatigado, aun su circunspecta secretaria se había atrevido a insinuarlo. Para confirmarlo estaba su jefe inmediato superior el cual obedeciendo a su respectivo jefe inmediato superior y éste seguramente al suyo, le había hecho saber que se estaba considerando la posibilidad de darle unas vacaciones en vista de la notoria fatiga mental que le hacía cometer errores en los cálculos, de suyo exactos y exentos de contingencia (bueno, esto era lo que él pensaba con respecto a la regla de tres).

La idea de las vacaciones no pudo ser más alentadora. Alejarse, huir, tomar un avión a otra ciudad o mejor el automóvil, y olvidarse de todo.

Esa tarde dio un largo rodeo antes de llegar a casa. Por fin cansado de vagar, sin saber exactamente qué hacer, después de haber meditado sobre la bondad de ella, los motivos de su matrimonio y el desarrollo de sus relaciones íntimas sin pena ni gloria, decidió regresar autoconvencido de que toda prevención era absurda.

Y ahora la noche nuevamente, cada día más larga, con ese perfil gris metálico que siente clavársele en la garganta. Hay que estar alerta, ella respira normalmente y él hace guardia, no se dejará vencer por el sueño, no dormirá como no ha dormido desde hace cinco noches; sólo duerme a media tarde cuando ella está despierta, porque entonces no guardia, no se dejará vencer por el sueño, no dormirá como no ha dormido desde hace cinco noches; sólo duerme a media tarde cuando ella está despierta, porque entonces no hay peligro.

Esta noche no resiste más, el cansancio le va venciendo y lentamente cae aletargado, con el pecho oprimido por un peso gris metálico. Poco a poco su mente se puebla con sueños propios y ajenos, no podía distinguirlos, y en un profundo desconcierto siente acceder a una dimensión distinta que lo traspasa por entero como humedad pegajosa hasta el fondo de sí mismo.

Nuevamente aquella callejuela escondida, tranquila, bañada por una claridad parecida a la media tarde, ella camina delante hasta detenerse frente a una pequeña fuente de piedra, se sienta al borde, él la sigue irresistiblemente, sus imágenes se reflejan en el agua tersa, quieta, estancada.

Con descuido ella mete la mano al agua y en un instante de asombro y pánico él siente como su imagen, no, su imagen no, él mismo se fracciona, se diluye, se deshace, estalla en infinitud de partes que no podrán volver a integrarse nunca más.

Ella despierta sintiéndose ligera y feliz, ni siquiera recuerda los sueños de la noche anterior, ha sido una larga noche tranquila. . . . Está sola como siempre.

